

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 282.

Alicante 29 de Abril de 1876.

Año VII.

EL TRABAJO.

Sentado el principio materialista de que la felicidad del hombre consiste en el goce que le proporciona la satisfacción de sus necesidades corporales, y que aumentando estas necesidades y los medios de satisfacerlas es como se consigue el progreso de los pueblos, la ciencia económica se consagró con afán á buscar el resorte más activo de la producción, y por consiguiente la panacea que podría curar todos los males de la humanidad enferma. Como era natural, dadas las teorías absurdas de los economistas sobre la naturaleza del hombre, las que sobre este punto se discurrieron fueron tantas y tan disparatadas, que su recuerdo solo podría servir para afrenta de la frágil razón humana. No entraremos por lo tanto en este exámen, que harto probada tiene la razón del hombre su pequeñez y flaqueza desde que ha intentado alzarse soberana de todas las ciencias, y ha caído sierva de todos los errores.

Aleccionados al fin, por una triste experiencia, en que si los economistas se desacreditaron, los pueblos que recogieron sus doctrinas se pervirtieron, encaminaron aquellos sus pasos á más firme

terreno que lo había sido el de sus primeros ensayos, para buscar el principal nervio de la vida económica. Y el célebre Adam Smith, con su obra intitulada «Investigaciones de la naturaleza y de las causas de la riqueza de las naciones,» dada á luz en 1776, fué quien fijó por último el punto de partida en la producción de la riqueza. Pero como no podía menos de suceder, la nueva teoría, que hacía descansar en el *trabajo* las arcas insondables de su riqueza, estaba fundada en el aire, y en vez de sacar todo el fruto que debía de un campo tan fecundo, lo sembró de cizaña, y falseando la idea del trabajo, produjo innumerables males á la sociedad moderna.

La idea del trabajo, como todas las ideas fundamentales de la vida humana, no puede jamás alterarse sin que la sociedad padezca espantosas convulsiones, que ponen en peligro su existencia. Nada conmueve tanto al mundo, ha dicho un autor, ni con tantas catástrofes le amaga, como el trastorno y sacudimiento de las ideas elementales, fundamentos eternos en que descansan las fábricas perdurables y las instituciones productivas. La economía moderna ha incurrido en esta falta, desnaturalizando la idea del trabajo, y los resultados se están hoy tocando, sin que sea la curación tan

fácil como fácil ha sido producir la enfermedad que sufren los pueblos.

El trabajo, á los ojos de la economía materialista, no tiene más origen que la necesidad, ni más objeto que procurar los goces que acompañan á la satisfacción de las necesidades humanas. «El trabajo, dicen los economistas, es una carga que va aneja á la facultad de consumir y gozar que tiene el hombre, carga que las instituciones sociales han hecho pesada, y la ciencia económica con sus reformas hará ligera y deleitable.» Trabajar para gozar, hé aquí el lema que la ciencia económica ha estampado en su bandera.

De aquí han nacido, como los gusanos de los sepulcros, esas doctrinas descabelladas y desgarradoras de la sociedad, que con los nombres de division, organización, disminución del trabajo, se han difundido por los pueblos y han devorado sus entrañas. ¿Qué otro origen tiene el llamado *derecho al trabajo* sino la teoría absurda de que el hombre trabaja solo por consumir y gozar?

Desde el momento en que el hombre trabaja por necesidad, sin otro estímulo que el goce, la voluntad se enerva y el trabajo pierde la aureola de virtud con que la moral cristiana lo embellece. El trabajo que tiene por fin el goce, ha dicho un economista cristiano, no puede tener otro móvil que el egoísmo.

Si el hombre trabaja para comer, y sobre su mesa abundan los manjares más delicados; si trabaja para vestir, y las telas más esquisitas cubren su cuerpo; si trabaja para gozar, y las carcajadas de la dicha asordan sus oídos, ¿qué ha de hacer? ¿Seguirá regando la tierra

con el sudor de su frente para arrancarle productos que no podrá consumir? Todo ménos esto; entregado á sus goces, dejará el instrumento de la producción á las manos de los menesterosos.

Así se explica que bajo el influjo de estas teorías absurdas los hombres se hayan entregado á la holgazanería que todo lo devora, al egoísmo que todo lo seca, al libertinaje que todo lo disipa y al oprobio de la vida animal, que no halla productos bastantes á saciar sus apetitos desordenados.

De muy diverso modo ha enseñado el Cristianismo á trabajar al hombre. Había Dios prescrito el trabajo á nuestros primeros padres desde el momento en que les crió, y rodeados de delicias los colocó en el Paraíso (*ut operaretur et custodiret illum*); pero despues de la culpa original el dulce trabajo, ántes impuesto al hombre por la bondad de Dios, trocóle en pena su justicia, fulminando contra el pecador la sentencia de que había de comer el pan amasado con el sudor de su frente. *In sudore vultus tui vesceris pane.* Desde entonces es el trabajo para el cristiano, que no ve la felicidad en las riquezas del mundo, la expiación de un pecado, expiación fecunda que le proporciona los bienes materiales de que su cuerpo necesita y el mérito que acompaña al cumplimiento de la ley moral.

Trabajando para cumplir esa ley de su vida, el cristiano no se entrega al ócio cuando le sobran los bienes terrenales para la satisfacción de sus necesidades, porque la abnegación y la caridad, rompiendo las fronteras del interés individual, abren ancho campo á los productos del rico trabajador, para que se di-

fundan entre los necesitados y calmen el hambre de los indigentes.

Al llegar á este punto debemos hacer notar cómo la teoría del trabajo que sustentan los economistas viene á confirmar el dogma católico contra el cual parece rebelarse. «El trabajo ha degenerado, dice aquella, por la perniciosa influencia de las instituciones sociales: combatamos sin tregua ni descanso estas instituciones para que el trabajo recobre sus atractivos placenteros.» El extravío, por lo tanto, de la ciencia económica está en atribuir á la degeneración del trabajo una causa distinta de la que le señala el dogma católico.

Ahora bien; siendo, según este, las fatigas actuales del trabajo la pena del pecado original, el remedio que á aquellas aplica es muy distinto del señalado por la ciencia económica. El Cristianismo aligera tan pesada carga infundiendo en el corazón del hombre el amor al trabajo, y con el amor la resignación meritoria en las fatigas presentes y la esperanza risueña de las recompensas futuras.

Ama el cristiano el trabajo como una expiación saludable y como el fiel cumplimiento de la ley moral que le ha sido impuesta por Dios; y sabido es que, como dice el incomparable Kémpis, «el amor hace ligero todo lo pesado, y dulce y sabroso todo lo amargo.»

Del amor al trabajo que el Cristianismo predica á los hombres, nacen las buenas costumbres y la abundancia de todos los bienes; del derecho al trabajo que escribe en sus banderas la economía anti-cristiana, nacen las guerras industriales y las revoluciones sangrientas

que ponen en peligro la sociedad moderna.

M. P. V.

LA UNIDAD RELIGIOSA.

ARTICULO X.

Permitanos el lector que llamemos su atención sobre dos expresiones que suenan casi lo mismo, pero que expresan conceptos mucho más distantes el uno del otro que el cielo de la tierra, á saber: *libertad de cultos* y *libertad del culto*. Esta última es en la presente materia la única libertad verdadera, la libertad propiamente dicha: la primera no tiene de libertad sino el nombre, y aun este nombre es usurpado, pues el suyo propio es *licencia*: que es achaque común de la malicia humana arrebatarse á su legítimo poseedor el nombre de *libertad* para ocultar con él, como con un velo, *quasi velamen*, su horrible deformidad. Cierto, no hay sino un solo culto con derecho á vindicar para sí, con exclusión de los demás, la plena libertad de rendir á Dios los homenajes debidos; no hay sino un solo culto, como no hay sino un solo Dios y una sola verdad, para el cual es justo gocen los hombres la única libertad racional, fecunda y saludable que hay sobre la tierra, es á saber, aquella libertad en cuya virtud, rotas las cadenas con que el pecado tiene sujeta en misera servidumbre á la criatura racional, elévanse los hombres á la altísima dignidad de

hijos de Dios, á quien conocen, adoran, aman y sirven en la tierra para gozarle despues eternamente en el cielo. Pero la libertad de dar á Dios cultos falsos (y lo son todos ménos uno), es decir, de resistir sus decretos é insultar á su Providencia en los momentos mismos en que se postran ante su acatamiento en actitud de alabarle, no es ni puede llamarse *libertad*, sino esclavitud de las almas sujetas con cuerdas del Adán terreno á los errores y heregias que se levantan de entre las oleadas de las pasiones y vicios humanos; servidumbre odiosa, donde apenas se echa de ver algun que otro rayo de la verdad que nos hace verdaderamente libres; servidumbre vil, pues en ella no se sirve á Dios para reinar, sino se sirve al demonio para gozar lo que á trueque de este servicio promete con engaño; servidumbre desastrosa, que engendra todo género de rebeliones y discordias, de ilusiones y torpezas, de profanaciones, escándalos é impiedades, y produce la desolacion de la abominacion, la violacion del órden universal y la miseria del alma y hasta del cuerpo, y en último término la disolucion de todos los vinculos morales y sociales, y la muerte eterna.

Tras esta breve digresion continuemos.

Habiendo probado cumplidamente que el principio en cuya virtud se proclama la libertad de cultos, es el principio mismo del protestantismo, conviene á saber, de la autonomia de la razon, de donde proceden lógicamente los delirios de la impiedad, de la inmoralidad y del comunismo, no tenemos necesidad de probar que semejante libertad conduce ne-

cesariamente al estado salvaje. Es una verdad indisputable la que se contiene en aquellas palabras de Escipion, que trae Marco Tulio: que sin la justicia no puede haber república, *geri sine justitia non posse rempublicam*: de donde se infiere que donde no hay justicia tampoco puede haber derecho, *ubi vera justitia non est, nec jus potest esse*. Ahora bien, por república entendian aquellos sábios antiguos *rem pópuli*, cosa ó bien del pueblo; y por pueblo entendian la muchedumbre unida con el vinculo del derecho, *coetus juris consensu sociatus*. Quitado, pues, este vinculo del derecho, la sociedad humana se disuelve, así como quitada la justicia desaparece el derecho. Ahora bien, ¿qué cosa es la justicia sino la virtud que da á cada uno su derecho? Pero el hombre pertenece á Dios por razones sin comparacion más poderosas que las que puede alegar ningun hombre para exigir que sea respetada su hacienda: luego el quitarle á Dios lo que es suyo, el culto que le es debido, y el hombre que se lo debe, es injusticia notoria; luego herida de esta suerte la justicia, resulta herido el derecho, y rota la union que por medio del derecho tienen los hombres en sociedad, la sociedad se disuelve y perece, trocándose en simple muchedumbre privada de cohesion y de vida, ó lo que es lo mismo, viniendo á parar los hombres en aquel estado de soledad y aislamiento, en que para no ser peores que fieras tienen que ser ángeles.

Este hermoso discurso de S. Agustin (*De civit. Dei*, lib. XIX, cap. XXI) viene muy bien á nuestro propósito. Porque ¿qué es lo que hace la libertad de cultos-

sino sancionar la *injusticia* de sustraerse el hombre al dominio de su Dios y Señor, y esta injusticia bautizarla sacrilegamente con el nombre de *derecho*? ¿qué hace sino dejar al aire todo el orden moral, que luego al punto viene por tierra flaqueando el fundamento en que estriba, el temor de Dios? «La Religión, decía Platon, es el fundamento de la república y la parte principal del público magistrado, y como el alcázar y defensa de ella: *Religionem esse fundamentum republicae et potissimam partem publici magistratus, et vere arcem atque propugnaculum constituendae reipublicae*. Esta fué siempre la persuasión de los antiguos romanos, como lo refiere Plutarco (*In M. Marcellum*), y lo confirma Valerio Máximo (*De Religione*, lib. 1, n. 8 y 9) con el ejemplo de varones ilustres, concluyendo la relacion de sus sentencias con estas notables palabras: *Omnia namque post religionem ponenda semper nostra civitas duxit; etiam in quibus summae majestatis conspici decus voluit. Quapropter non dubitaverunt sacris imperia servari; ita se humanarum rerum curam gerere existimantes, si divinae potentiae bene atque constanter fuissent famulata.*» Oigamos ahora á Ciceron. El gran orador romano en sus libros *de natura Deorum* enseña: 1.º, que el mundo está regido por la providencia divina; 2.º, que esta providencia es el fundamento de la piedad y religion; 3.º, que debe distinguirse el culto sincero de la religion del culto fingido y supersticioso; 4.º, que el verdadero culto es de todo punto necesario en la sociedad, porque *sanctitate et religione sublatis, perturbatio vitae sequitur et magna confusio. Atque haud scio an pietate*

adversus Deos sublata FIDES etiam et SOCIETAS GENERIS HUMANI, et una excellentissima virtus JUSTITIA tollatur. Esta verdad la confirma el mismo Ciceron por medio de la historia, la cual enseña que descuidado lo que toca á la religion, la república se siente gravemente herida, *religione neglecta, magnum reipublicae fuisse constanter inflictum*; y que aquellos imperios tuvieron grandes incrementos, que se sometieron á la religion, *qui religionibus paruisent*, principalmente el pueblo romano, de quien dice Ciceron que se aventajó en punto á religion á todas las demás gentes. Por último, el mismo filósofo gentil confirma su propia sentencia con el sentimiento unánime de todos los pueblos, que siempre han conservado el culto de la divinidad, y la santidad de la religion.

¡Cuánto no pudiera decirse sobre la presente materia, recordando las razones con que en todos tiempos ha sido ilustrada de la filosofía cristiana! Hasta los mismos impíos en ciertos momentos lúcidos reconocen en ella esta verdad: que sin la Religión la justicia es un nombre, y sin justicia los pueblos se disuelven y perecen. Valga por todos Rousseau, de quien son estas notables palabras: «El olvido de toda religion conduce al olvido de los deberes del hombre. No creo que pueda uno ser virtuoso si no tiene religion. Mucho tiempo creí lo contrario, engañado de una ilusion fascinadora; pero ya estoy desengañado de ella.» (*Emilio*, t. I). Y en otro lugar de la misma obra dejó escritas estas otras palabras:

«El que impugna los dogmas de la religion merece castigo ciertamente, por-

que es perturbador del orden y perturbador de la sociedad.»

Decía Thiers en un discurso que pronunció en el Cuerpo legislativo: «El Estado no debe tener más que una religión, el culto de la justicia.» Estas palabras nos recuerdan las célebres de Escipion: *geri sine justitia non posse rempublicam*; pero ¿de dónde piensa recibir el Estado de M. Thiers la noción pura, perfecta de la justicia? ¿Con qué regla ha de medir la de las leyes? ¿Quién ha de inculcar esta virtud en el corazón de los príncipes y de los pueblos, ya que en el corazón radica la justicia, *constans et perpetua voluntas*? Ya hemos visto lo que se hacen los conceptos morales en las sectas protestantes y racionalistas: la última palabra del progreso moderno en este punto es borrar la distinción entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, y yendo más allá todavía, invertir estos términos, llamando bien al mal y mal al bien, derecho á la iniquidad y á la fuerza, y obstinación, inmovilidad é intolerancia á la firmeza incontrastable del derecho. Oscurecida y pervertida de esta suerte la idea de la justicia, ¿qué culto puede recibir del Estado? ¡Oh! lo que sucede es, que así como en el orden individual el espíritu humano, separado del verdadero culto por las sectas, crea el Dios que ha de adorar sacándolo de sí mismo, y viniendo de esta suerte á dar en la vil idolatría del yo, es decir, de sus pasiones y de sus vicios, así el Estado que no conoce otro culto que la justicia, á nada ménos aspira que á crear el orden de la justicia misma, conforme á los fines y designios de una política terrena que no quiere conocer los destinos inmortales del hombre. La jus-

ticia creada por el Estado es la ley civil privada de la luz de la justicia eterna; la razón y la voluntad humana puestas en lugar de la sabiduría y de la voluntad divina; el interés y la fuerza en lugar del derecho y de las virtudes morales; y en una palabra, el Estado ateo que á sí mismo se adora como si fuera Dios. Volvemos, pues, al gran pensamiento de San Agustín: la república que quita á Dios lo que es suyo (que suyo es el hombre, no ya solo como individuo, sino como miembro de la sociedad civil), queda destituida y privada de justicia, y por consiguiente de derecho, y se disuelve y muere, porque *geri sine justitia non potest rempublica*.

CRÓNICA RELIGIOSA.

La Civiltà cattolica en su último número contiene datos importantísimos y no muy conocidos acerca de los primeros pasos dados por Mazzini en el camino del mal, y las dificultades con que tropezó al intentar entrar en la francmasonería, y sobre todo al proponerse ocupar en ella los primeros puestos. También añade cosas curiosísimas acerca de la facilidad con que la francmasonería engaña y extravía y explota á sus adeptos. Hay muchos entre estos que, creyendo obedecer á un Gran Consejo, no han hecho otra cosa que ser ciegos y miserables instrumentos de la astucia de un malvado, que les daba órdenes y más órdenes, burlándose de ellos y del mundo. Esto se demuestra con documentos innegables ó por la correspondencia epistolar del mis-

mo impostor. Aun sin esto, la francmasonería es por sí sola una degradacion, puesto que convierte al hombre en mera máquina, movida por una mano que nunca sabe á quien pertenece, ni dónde está. Los demás, en su inmensa mayoría, son meros comparsas que por odio á la verdad, por ambicion, por vanidad, ó por espíritu de servil adulacion, se sacrifican su libertad y su dignidad.

BÉLGICA.—Con el fin de celebrar el triunfo que consiguieron en las últimas elecciones, los católicos belgas han celebrado una gran reunion en Malinas, donde acudieron en número de más de diez mil, con no pocos estandartes y treinta bandas de música. Las calles estaban engalanadas, y la poblacion llena de júbilo. No es posible describir el adorno principal que consistia en flores. Entre los varios discursos que se pronunciaron, citaremos las siguientes palabras de Verspeyen:

«*Obrad*, dijo el Papa; esta palabra es el *fiat lux* de la vida pública. *Obrad*, es decir, no seais solamente católicos en la intimidad de vuestra conciencia, y en el secreto de vuestras estancias; mostraos tales en todas partes. En los Comicios electorales, en las asambleas públicas, nunca os avergonceis de vuestra fé; reivindicad sus derechos en presencia del sol, y cumplid con vuestro deber de cristianos á la sombra de vuestro derecho de ciudadanos libres...

«Hay un partido que proclama la infalibilidad de la ley, la soberania absoluta del Estado. Es el que se llama *campeon de la libertad*! Solo una religion está perseguida hoy en la Europa. ¿Quién la persigue? El partido liberal, defensor de

la tolerancia. Vemos heróicos prisioneros é ilustres proscritos expiar el delito de ser fieles á su propia conciencia; son sacerdotes, obispos, católicos. ¿Quién los encarcela y proscribete? ¡El partido *liberal* que *respeta todas las convicciones*! Se cierran escuelas, y se grita contra la institucion de nuevas universidades. ¿Y quién grita? ¡El partido *propagador de las luces*!... Estoy profundamente convencido de que hay algo más funesto á los católicos que la audacia provocadora de los liberales, y es su propia debilidad. ¡Cuántos tienen miedo á la palabra *clerical*! ¡Palabra que el mariscal Randon, protestante, llamaba con razon insulsa: *le mot le plus bête de la langue francaise*! ¡No queremos clericalismo! dicen los *liberales*, y con esta frase se niegan á nuestras peticiones más legítimas. ¿Qué dirian si á sus instancias se respondiese: No queremos liberalismo? «El liberalismo es una pequeña furia, puesta por Voltaire en la cuna de la revolucion francesa. La furia cuando fué grande, algunos años despues se casó con el doctor Guillotin, y en nuestros dias pasó á segundas nupcias con el rey Petróleo.»

ECUADOR.—Al jurar ante las Cortes el nuevo Presidente, D. Antonio Borrero, hizo en su discurso la siguiente declaracion:

«Como católico sincero, protegeré la religion de nuestros padres, religion que ha civilizado el mundo y que, segun creo, no tendrá enemigos en el Ecuador. Atacar la religion católica seria un crimen de lesa patria, porque si el Ecuador es un pueblo culto y civilizado, lo debe precisamente á que ha recibido la luz del Evangelio. La Iglesia ecuatoriana será,

pues, realmente independiente, y el gobierno protegerá esa independencia, respetándola y haciéndola respetar.»

VARIEDADES.

SERAPHIA.

Leyenda religiosa escrita sobre un episodio de la vida de la Verónica.

¡Mirad á Roma!

El hombre que acaba de pronunciar estas palabras se acercó á una litera que iba escoltando, y abrió sus cortinas. Una mujer asomó por entre ellas la cabeza, y con aire triste y pensativo dirigió una mirada á aquel ameno paisaje, bañado por todas partes con los ardientes rayos del sol meridional.

La campiña de Roma ofrecía entonces un delicioso espectáculo. La capital del mundo se hallaba en todo el esplendor de aquella magnificencia que más de una vez hizo decir á Augusto: «He encontrado una ciudad de ladrillo, y he dejado otra de mármol.» Ni el incendiario Neron, ni los bárbaros que más tarde bajaron del Norte, ni el tiempo, mas inexorable que las tribus salvajes, habian marcado aún su terrible huella sobre la Ciudad Eterna. Sus templos, sus palacios, sus circos, sus arcos triunfales, sus millares de estatuas, que formaban una inmensa poblacion de bronce y de mármol, se conservaban todavía en pié; y el viajero, extasiado, veia el perfil de Roma dibujarse blanco y magnífico en el hermoso y brillante azul del cielo.

—¿Ves esa cúspide suspendida en los aires? continuó el conductor de la litera, cuyo traje indicaba pertenecer á la clase de los libertos; ese es el panteon que Agripa queria destinar á César Augusto, padre de la patria; allí, sobre el monte Palatino, estaba su habitacion, mas sencilla que los palacios de sus mismos libertos; más léjos está el pórtico de Livia, que hace olvidar á los extranjeros las bellezas de atenas y de Corinto. El sol cae en este momento á plomo sobre el monte Capitolino, y sobre el templo del más grande de los dioses.... ¿Distingues bien desde aquí su columnata blanca? Pues cerca de ella está el templo elevado por Augusto en honor de Júpiter Tonante, el que consagró á Apolo despues de la batalla de Accio, y el de la Concordia, donde Ciceron reunió á los padres conscriptos amenazados por Catilina. Innumerables son los santuarios que ha elevado en honor de los dioses este pueblo, el más piadoso sin disputa de todos los pueblos de la tierra. Miralos, pues, y dinos luego si Roma no vale tanto como Jérusalen.

Seraphia, tal era el nombre de la mujer á quien hablaba el liberto, levantó sus ojos hácia éste y le dijo con voz serena:

—Roma es una magnífica ciudad, magnífica sobre todo por sus destinos y no por sus monumentos, que pueden durar poco más de un dia. Yo la miro con los ojos del alma, y sobre sus palacios derruidos, sobre sus templos reducidos á polvo, veo brillar el signo libertador que le asegura el imperio eterno sobre todas las naciones del mundo.

—¿Y qué signo es ese?

—El signo de la cruz sobre la cual murió el Redentor de la humanidad.

El liberto se encogió de hombros, porque aquellas palabras no tenian para

él ningún sentido: volvió á dejar caer las cortinas de la litera, y dió orden á los esclavos para que hiciesen avivar el paso á las mulas.

La litera llegó bien pronto á Roma, y siguiendo las órdenes del liberto, tomó la direccion del monte Palatino, recorriendo la Vía Sacra, decorada con varias columnas triunfales, pasando delante del templo circular de Vesta, dejando á la derecha el tesoro público y el anfiteatro, inmediato al palacio de los emperadores, donde Pompeyo y Augusto ofrecían al pueblo romano esos terribles espectáculos que tanto excitaban la pública ansiedad. La litera se detuvo al fin delante del pórtico del palacio que ocupaban los emperadores sobre el Palatino; y el conductor Lucio, siguiendo las instrucciones que le fueron dadas en el momento de llegar al palacio, hizo bajar de la litera á Seraphia, que llevaba envuelta entre los pliegos de su manto una rica cajita, y seguía á su conductor meditabunda y silenciosa como siempre. Atravesaron juntos unas espaciosas galerías, en las cuales se veían, ya esa copiosa y magnífica colección de libros que había recogido Augusto, ya las más célebres estatuas halladas en Atica y en Sicilia; y después de haber hablado á muchos esclavos, que sin duda habían ido á tomar las órdenes de su señor, Lucio introdujo á Seraphia en una habitación escasamente iluminada, se acercó á un hombre que estaba recostado sobre un lecho de descanso, le dijo algunas palabras en voz baja y en la actitud del más profundo respeto, y después, haciendo acercar á su compañera, se retiró dejándolos solos.

El enfermo, apoyado sobre blandos cojines, pálido y abatido, cuya vida parecía toda reconcentrada en sus gran-

des ojos negros y penetrantes, se incorporó sobre su lecho, y dirigió á la hebrea una mirada en que parecía descubrirse la esperanza, mezclada con una vaga y desgarradora inquietud. Seraphia había andado ya más de la mitad del camino de la vida; una cabellera blanca rodeaba por todas partes su frente pálida y serena; su rostro, velado con una nube de tristeza, tenía, sin embargo, una expresión inefable de paz y de bondad; belleza interior, reflejo del alma, que parecen borrar las huellas del tiempo y del infortunio. Majestuosa y tranquila, permanecía de pié, sin que la turbase lo más mínimo la presencia de aquel hombre, y sin embargo, aquel hombre era el señor del mundo; era el sucesor de Augusto; era, en fin, el emperador Tiberio.

—¿Cómo os llamais?, la dijo, mirándola siempre con aire sospechoso.

—Me llamo Seraphia; soy hija de Sophar, y mujer de Sirach.

—¿Sois judía?

—Pertenezco á la tribu de Levi.

—¿Judía de religion?

—He practicado la ley de Moisés hasta el día en que he conocido al Cristo, mi Señor, y he hallado al fin el cumplimiento de las promesas hechas á Abraham, nuestro padre; desde ese día observo sus mandamientos, y tengo puesta en El toda mi esperanza.

—¿Vuestro Cristo es enemigo de los príncipes y de los emperadores?

—¡El, señor! ¡El, que ha repetido tantas veces que su reino no era de este mundo? ¡El, que se ha sustraído á las instancias del pueblo que quería hacerle rey, y que ha excitado la envidia y el odio de los fariseos, diciendo á sus discípulos: «Dad al César lo que es del César?»

—Sus discípulos, ¿no son, pues, re-

beldes? ¿Obedecen los mandatos de los emperadores?

—Ellos reverencian al César, como á un amo que les ha dado el mismo Dios, y le quieren como á un hombre; es decir, como á un hermano.

—Si, respondió el emperador despues de un instante de silencio y reflexion, sí: yo se muy bien que Cristo es el verdadero enviado de los dioses, y hubiera querido colocar su busto entre las estatuas de los inmortales, en el panteon que Agripa ha consagrado á todas las divinidades del Olimpo; pero el Cristo es un dios envidioso que no consiente más culto que el suyo. Tú sabes que, instruido yo de sus virtudes, de su muerte y de su inocencia, he quitado á Poncio el gobierno de Judea; las segures romanas no deben marchar delante de un juez débil é inicuo.

—El Señor ha juzgado á Poncio, dijo Seraphia en voz baja.

—Tú sabes, continuó Tiberio, con qué objeto te he hecho venir á verme desde Judea; deseo saber todo lo que tiene relacion con el Cristo; habla sin temor. Y si la cajita que veo debajo de tu velo encierra ese tesoro que quiero contemplar, colócala en ese pequeño altar, bajo la custodia de mis dioses tutelares.

—Eso es imposible, dijo Seraphia: no puede haber alianza entre Cristo y Belial.

Colocó entonces la cajita sobre una mesa de sándalo, y despues se recogió un instante, é invocando el auxilio divino, habló de esta suerte:

—Yo me casé muy jóven con Sirach, miembro del consejo del templo, y Dios bendijo nuestra union dándonos bien pronto dos hijos. Vivíamos muy dichosos, llenos de confianza en Dios, y deseando ardentemente la redencion de

Israel. Como los demás fieles hebreos, nosotros esperamos en un tiempo más remoto la venida del Mesias libertador. Las setenta semanas de Daniel habian trascurrido; el cetro no estaba ya en la casa de Judá; las profecías hechas á nuestros padres parecian cumplidas, y á la ley dictada sobre el monte Sinái sucedia una ley de gracia, de misericordia y de amor. Los cielos iban á abrirse; el Justo iba á bajar sobre la tierra como un rocío esperado por largo tiempo, y prosternados delante del altar, repetiamos con más ardor las palabras que el Espíritu Santo dictó á Isaías: *Señor, enviadnos al Cordero dominador de la tierra; enviadnos á Aquel que nos habeis prometido. ¡Oh! ¡si quisieseis abrir los cielos y descender de ellos!*

Un dia corrió la voz de que nuestros votos estaban cumplidos: los fieles israelitas se decian unos á otros: «Un hermoso niño acaba de venir al mundo... María, la esposa de José, es bendita entre todas las mujeres, porque ha dado á luz al Deseado de las naciones.... Los reyes han venido desde los más remotos confines del Asia para adorarle, y le han ofrecido oro, incienso y mirra.»

Ya nos regocijábamos, y nuestros corazones ensalzaban las conquistas de aquel rey que debia someter todas las naciones á su imperio. Nuestras frentes, poco antes humilladas, volvian á levantarse con noble orgullo, y creíamos que los tiempos de David y de Salomon iban á renacer más brillantes, más espléndidos que nunca; Ya, poseida del orgullo de madre, consagraba yo mis hijos al servicio de este nuevo rey, y al verlos tan hermosos y tan llenos de vida, formaba mil proyectos de gloria sobre su misma cuna. Un dia me encontraba sola y sentada cerca de ellos, cuando unos horrorosos gritos me hi-

cieron salir al pórtico, donde se habían reunido nuestros criados. Vi con horror y espanto que un peloton de soldados, armados de picas, espadas y hachas, perseguían á algunas mujeres que llevaban sus hijos en brazos: dos de estos hombres hirieron á unos niños sobre el seno mismo de sus madres; bien pronto ví rodar por el suelo, sangrientos y mutilados, los cuerpos de aquellas tiernas criaturas. Una mujer pálida y desconcertada pasó en aquel instante por delante de mí gritando: «Herodes hace matar á todos los niños para dar muerte al Mesías.» Al oír estas palabras, volé á la cuna donde dormían mis hijos, los oculté contra mi pecho, y hubiera querido esconderlos en las entrañas donde los había llevado poco tiempo antes. Intenté la fuga; pero ¿á dónde? Los lamentos y los gritos de las madres, que se dejaban oír por todas partes, me anunciaban una horrible carnicería. Uno de mis niños se puso entonces á llorar, asustado quizá de los descompasados movimientos que me inspiraba el terror. Quise ahogar sus gritos, puse al efecto mi mano sobre sus tiernos lábios, intenté ahogar aquella voz lastimera que iba á denunciarlos á la muerte; pero todo fué en vano. Una lucha terrible se trabó en el pórtico; yo oía los gritos de los soldados y los lamentos de mis pobres servidores, que quedaron defendiéndome; pocos momentos despues sentí fuertes pisadas en la escalera de mármol: la piedra resonaba bajo la férrea sandalia de los soldados; la puerta se abrió al fin; yo me lancé á su encuentro... Ignoro lo que pasó despues, señor; los soldados me rechazaron, me arrojaron al suelo, y cuando, despues de algunas horas volví en mí de aquel horrible letargo, me hallé acostada en mi lecho, rodeada de algunas mujeres que llora-

ban amargamente, y de mi marido, cuya desesperacion tocaba á su colmo: pedí mis hijos, y como no me obedecian me levanté; los busqué yo misma y los encontré juntos en su cuna, adornados con las flores que poco antes les servian de juguete; quise tomarlos en mis brazos pero estaban helados; abrí sus vestidos, y hallé sus pechos destrozados con hondas heridas. ¡Los dos.... los dos estaban muertos!

(Se continuará.)

FÁBULA.

Los monederos.

Con la firma del Rey acreditada,
Una junta de sábios, eminente,
Por el mismo monarca fué creada,
Recibiendo el encargo juntamente
De tener su riqueza custodiada
Y acuñarla en moneda diferente.
El mandato real fieles cumplieron,
Y el tesoro en monedas convirtieron.

Repartieronla luego, y según uso
Admitido por todas las naciones,
Desde el instante mismo se dispuso
Sirviera para hacer las transacciones.
Nadie á medida tal nécio se opuso;
Aunque diz, que mas de uno los doblones
Fué guardando en sus arcas apiñados
Privándose de gustos sazonados.

No es mi intento decir, ni viene al caso,
Si emplearon bien ó mal aquel dinero:
Dejemos por ahora este mal paso
En el oscuro fondo del tintero,
No nos haga llorar algun fracaso,
Si es él tan poderoso caballero;

Y sigamos sin nueva dilatoria
Haciendo, como dicen hoy, *historia*.

Tampoco allí faltó quien con amaños
Trocára en falsas las monedas buenas,
Llegando impune á ver con sus engaños
Reventar sus gavetas de rellenas;
Que no son estos casos nada extraños,
Si del crimen las páginas ya llenas
Están de tantos falsos monederos
Reputados por finos caballeros.

Una idea mas nueva y peregrina
A otros les ocurrió poner en práctica:
A su antojo fundir oro y platina,
Sin cuidar lo que manda la pragmática;
Llamar á lo legal necia rutina;
A la junta tener por maniática;
Negar su autoridad para el contraste,
Y dar con junta y leyes, todo al traste.

Y aun despues que al monarca le ne-
De acuñar la moneda el atributo, (gaban
Todavía obstinados disputaban,
Con su taimado proceder, astuto,
Que con sus piezas contrahechas daban
Al tesoro real todo el tributo
Que en prueba de rendido vasallaje
Exigia tan egregio personaje.

¡No es igual la moderna teoría
Que niega la verdad ya revelada,
En que Dios á su Iglesia institua
Por guardadora de su ley sagrada,
Y enseña al hombre con tenaz porfia
Que igualmente al Señor gusta y agrada
El culto que les plazca tributarle,
Y no el que plugo á Dios determinarle?

M.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, por la mañana los oficios de costumbre. Por la tarde, á las cinco, principia con la preparacion, el Mes de Mayo consagrado á MARIA, cuyos ejercicios serán todos los dias á las seis, y los festivos á las cinco. Predicarán: domingo, D. Andrés Oliver, Canónigo; lunes, D. Francisco Penalva, Abad; martes, D. Antonio Caparrós, Canónigo; miércoles, D. José Juliá; jueves, D. Enrique Farach; viernes, D. José María Sanchiz, Canónigo Doctoral, y sábado, D. Joaquin Garcia, Cura de Santa María.—En la Iglesia del Cármen, á las cinco, principian los ejercicios del mismo mes, que continuarán los siguientes dias á igual hora.

Martes.—En las Agustinas, á las ocho, misa de renovacion; por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovacion; por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Viernes.—En las Capuchinas, á las siete, comunión general, y á seguida la misa mayor con exposicion del Santísimo: por la tarde, á las cuatro y media, el ejercicio del Sagrado Corazon de Jesús.

CONTESTACION Á LAS CONSULTAS.

A la primera: Negativamente.

A la segunda: Afirmativamente.

A la tercera: Afirmativamente, en su última parte.